

tuyo el boa,
que se dijera
un brazo
recortado á las sombras por un hacha dantesca...

Y con ser tan vasta
la vida animal que te puebla,
tu vida vegetal parece una esponja
que, hidrópicamente, sorbiera
el hierro de todos los músculos
y la sangre de todas las venas,
para explotar en el laberinto
de una frondosidad desconcertante y gigantesca:
allí el bélico penacho
de tus imperativas palmeras,
en cuyos lechosos frutos refrescaron su fatiga
las tribus de las peregrinaciones pretéritas;
allí el dosel legislativo
de tus patriarcales ceibas,
á cuya sombra deliberaron los caciques
sobre la paz y sobre la guerra;
allí el pindárico roble y el bíblico cedro;
allí la caoba madre, en cuya aromática madera
el divino artífice talla,
para las cortes europeas,
los estrados faraónicos de los reyes
y los tálamos salomónicos de las reinas ..

Selva de mis abuelos,
diosa tutela de los Iucas y de los Aztecas,
yo te saludo, desde el mar; y te pido
que en la noche—en la noche que está cerca—
me sepultes
en tus tinieblás,
como si me creyeses un fantasma
de tus religiones muertas,
y me brindes, para salvajizar mis ojos
con reverberaciones de fiesta,
en la punta de cada uno de tus árboles
ensartada una estrella.

“DE ESTAMPAS NEWYORKINAS.”

Jorge Javier de la Cueva

LA CIUDAD DE HIERRO.

Esta ciudad agolpa sus casas en un juego
de naipes fabulosos, que desplomará luego
el soplo de los siglos. Nínive se levanta
de nuevo, Babilonia vuelve á bullir. Y tanta
alegría es el eco de una tumba que canta.....
Ya pasará el orgullo de esta ciudad fornida.
¡Oh Babilonia! ¡oh Nínive! ¡Oh fuente de la vida!

¿Y qué valdrán, entonces, las cívicas preseas,
las plazas resonantes, las vías luminosas
y los aladinescos bosques de chimeneas?
Una ciudad no vale más que un jardín de rosas....

Sobre los oleajes de este trajín sonoro,
hacen vibrar su cola los cetáceos del oro;
y hay en los engranajes de estas ruedas crujientes,
ogros devoradores que rechinan los dientes.....

Trenes que van aéreos con afán visionario,
cual si se desgranaran las cuentas de un rosario;
automóviles que huyen vertiginosamente,
como queriendo avaros descontar el presente;
fábricas que parecen multiplicar las horas,
entre un tropel de manos prestidigitadoras;
respiración de hornazas, crín de locomotoras;
polvo que al sol se irisa y humo que enluta el cielo:

la carrera incesante, pero jamás el vuelo;
y, por encima de este bullicio secular,
un gran puente á manera de un grillete del mar.

¡Oh Señor! Pero, ¿dónde la alada Poesía?
¿dónde las siete cuerdas y la sola armonía?
¿dónde el són milagroso de Orfeo, que en un día
levantaba peñascos y ciudades hacía?
¡Oh Señor! La trompeta de Walt Whitman es sólo
la del Ángel del Juicio Final. ¿No es cierto, Apolo?
Y no hay nada que oprima tanto mi corazón
como un país enfermo de civilización

Poesía: aquí mismo te encuentro. Musa mía:
regocíjate en una sorprendente alegría.
Este país de prosa cotizable y nefanda,
que se envuelve del humo con los espesos tules,
entre sus asperezas, tiene la nota blanca
de los cabellos rubios y los ojos azules.
Así es cómo esta máquina al fin parece un juego
de gigantes esclavos de un cupidillo ciego;
y así es cómo resume su vida fragorosa
en un botón de nácar, bajo un pulgar de rosa

LA VENUS CALLEJERA.

En sus ruedas de goma, va resbalando el coche
sobre el asfalto lúcido. Enjoyada la noche
relame el pavimento con eléctricas luces.
En la larga avenida, cien postes se hacen cruces.

Un ómnibus jadea, copiosamente lleno
de alegrías urbanas..... De pronto, tasca el freno
el tronco relinchante del coche; y el auriga
tiene un gesto de orgullo, de paz y de fatiga:
la berlina detiéndose en sus ruedas de goma;
y por la ventanilla rubia cabeza asoma,
tocada de un sombrero vanidoso y alado.

Salta un paje de rica librea hacia un costado
del coche: se desdobra timbrada portezuela;
un estribo se tiende bajo un aérea chinela;
y, por entre un bullicio de encarrujadas blondas,
luce una dama el triunfo de sus carnes redondas.

Los que pasan la observan con reprimido asombro:
ella, con toda gracia, se recoge en un hombro
blanco boa de plumas; y, soslayadamente,
busca para mirarse la vitrina de enfrente.

En la vitrina irradian las piedras más preciosas,
adormiladas dentro de sus estuches rosas
y violáceos. Las luces eléctricas dan juego
en las piedras que ríen como bocas de fuego.
Y la dama elegante se detiene un instante

á competir con ese rubí ó aquel diamante;
siente en las comisuras de sus labios de fresa
la insinuación de leve sonrisa algo traviesa;
y entra en la joyería pérfidamente grata,
agitando nerviosa su bolsillo de plata.

En tanto, un rapazuelo se destaca en la puerta,
dentro de sus harapos pintorescos: incierta
dirige la mirada ya á la alegre vitrina,
ya á la dama elegante, ya á la regia berlina;
y el auriga orgulloso dibuja un fino trazo
con su látigo al aire y hay un breve chispazo.

El rapazuelo fuga; la dama sale envuelta
en sus perfumes. Torna la figurilla esbelta
del paje. Entra en el coche la dama. El tronco, bello
como una estampa inglesa, tiene un largo resuello;
y, bajo el prevenido látigo, arrastra el coche,
por la larga avenida y á través de la noche.

Un punto se detienen los que pasan, á ver
partir en su carroza á esa rubia mujer;
y en aquel coro de hombres de caras imprecisas,
hay de pronto una irónica explosión de sonrisas

FIVE O'CLOCK TEA.

Es un tibio aposento: platican cuatro damas.
En la estufa de bronce, se azulean las flamas
y atormentadamente chisporrotea un leño.
Da un péndulo en el muro cabezadas de sueño;
y su lírico timbre cinco veces resuena.....
Hay cierto olor de nido. La atmósfera está llena
de una melancolía risueña y elegante.
Es serena la plática y es profundo el instante.

Tres de las cuatro damas lucen amplio sombrero,
sobre cuyos alardes se cimbreo un plumero:
la otra, en dos cortinas sus cabellos repliega
hacia atrás, en el nudo de la costumbre griega;
y se le advierte cómo discretea, afanosa
en darse á sus amigas como se da una rosa.

Sobre la mesa frágil, bulle el alegre coro
de la vajilla. Henchido de aroma, el té humeante
en las redondas tazas amoneda su oro.

Tal cual brazo insinúase entre el volteado guante

Blandamente las manos avvicinan las tazas;
los terrones de azúcar ríen en las tenazas;
y en el venoso mármol se acoplan los cristales,
que, con la carcajada de su boca vacía,
diríase que esperan las notas musicales
de un copólogo lleno de blanda melodía

Y las amigas dicen su afición á las cosas
de exquisitez, de gusto, de fausto y de elegancia.

Las mujeres lujosas, á modo de las rosas,
valen por su belleza como por su fragancia.
El lujo es el perfume de la mujer. El oro
es bello. Los encajes con su frufú sonoro,
revelan los secretos de los dulces rincones
en que floridamente se abren los corazones.
¡Ah! Si no es una estrella, nada hay más semejante
á un ojo femenino que un zafiro ó un diamante.
Las mismas flores—todo lo que es gracia y belleza—
es solamente un lujo de la Naturaleza.....

En tanto que, así, corre, la plática, á manera
que en un raudal el copo de una espuma ligera,
el leño torturado de la estufa agoniza
entre el refinamiento de su blanca ceniza;
y el reló, en el oprobio de su marcha fatal,
da esta vez á los aires seis golpes de cristal.
Humea aún, á ratos, la vajilla luciente.
Sigue la voluptuosa tristeza en el ambiente.....

De pronto, en la antesala dice el lacayo un nombre;
y, entre los cortinajes, ceremoniosamente,
pone su mancha negra la figura de un hombre.

PULLMAN.

Iba yo, con la frente contra el cristal, mirando,
desde el tren, el paisaje que se escapaba, cuando
un suspiro, una nota de espiritualidad,
me hizo volver el rostro con sorpresa. En verdad
que ese suspiro era como el recuerdo alado
de cuanto estaba lejos, muy lejos de mi lado....

¿Quién suspirado había? Tenía que ser una
mujer que, pulcramente sentada, parecía
un rayo de Sol dentro de otro rayo de Luna.

Su cabello era trigo; su semblante, amapola.

Era joven y bella: ¿Por qué suspiraría?
Estaba sola. Sola como yo. ¡Estaba sola!
La soledad se llama también melancolía.....

Leía un libro. A veces dejaba la lectura;
y, con el libro abierto sobre la falda, hacía
por mirar el paisaje. ¡Cuán triste la llanura
con el aburrimiento de su monotonía.....
Y otra vez se acercaba
el libro, sin que nunca las páginas volviese:
yo también he leído más de un libro como ese,
en el que cada línea parece que no acaba

¿Qué pensaría ella con los ojos abiertos
sobre el libro? Sus ojos tenían el fulgor
del cielo azul que hay sobre los cálidos desiertos:

mirada transparente, pero llena de ardor.

¿Qué pensaría? Tanto como yo

La lectura

deja al fin: ya la tarde va tornándose oscura.

Yo me quedo evocando mis figuras amadas;

ella también las suyas, según sus miradas.....

Y ambos, desde el tren, bajo la tarde azul y rosa,
contemplamos absortos el cielo que reposa
y la tierra que, en cambio, pasa en rápida huída,
atropelladamente, como todo en la vida

DE "NOCTURNOS."